

En la Residencia Sacerdotal hay vida

Julio Sánchez

El pasado 30 de noviembre fui a la Casa Sacerdotal de Vegueta a felicitar a don Andrés Macías por su onomástica. Cuando llegué a su habitación estaba rezando sexta. Esperé a que terminase su oración y luego entré. Me recibió con el aprecio de siempre. Me invitó a sentarme y le obsequié con un ejemplar de mi último libro “Manuel Verdugo obispo de Canarias”, que me agradeció de corazón. Mantuvimos una grata conversación. Se interesó por la metodología que yo seguía para escribir y editar mis libros, y por mi vida personal y sacerdotal. Durante el rato que duró la visita sonó el teléfono varias veces; llamadas de personas amigas que guardaban buen recuerdo de don Andrés y le felicitaban. Yo ví a don Andrés muy lúcido, con la misma lucidez que tenía cuando nos daba a los sacerdotes sus amenas y profundas conferencias de teología y pastoral.

En la sala de la planta baja estaban Braulio, Pepe Díaz y don Vicente Rivero en sesión terapéutica. Braulio se alegró mucho de verme. Braulio sabe mucho de sufrimientos, pero ha sobrellevado la cruz de su enfermedad con verdadera resignación cristiana, aceptando la voluntad de Dios, sin quejarse nunca. Es un ejemplo admirable de una vida unida a Cristo Crucificado en el dolor para redención de la humanidad. Se mueve con autonomía en la silla de ruedas. Al tomar el ascensor nos despedimos con espíritu fraternal.

Mi buen amigo José Díaz, Pepe Díaz, se llenó de júbilo al verme. Con su amplia sonrisa apretaba sus manos en señal de agradecimiento por mi visita. Nos despedimos con un abrazo. Yo conviví con él en la casa parroquial de Gáldar durante varios años. En ella vivían también el recordado Pedro Monzón, padre de los pobres, y Gonzalo Fernández Parrilla, vicario del Centro-Norte y párroco de La Atalaya de Guía. A Gonzalo lo visité hace un par de meses en su casa de Tinajo. Se emocionó al verme y me preguntó si le había traído un libro de regalo. Le recordé algunas anécdotas de nuestra vida en común en Vecindario, donde se ganó la estima de todos. En la casa parroquial de Gáldar, al mediodía nos acompañaban en la mesa Florentino, cura de San Isidro, castellano que arraigó en la isla, y los entonces profesores de religión Berto y Juan Miguel. Milagrosa, siempre servicial y cariñosa, nos hacía la comida. ¡Espléndida cocinera! Ciertamente, se formó una comunidad fraterna. Pepe Díaz fue el animador de aquella convivencia. Los lunes solíamos salir de paseo a visitar a algún compañero enfermo y a comer en la costa o en la cumbre. Pepe Reyes era el organizador de aquellos paseos. A los citados se unían Pancho López, Juan Marrero y don Blas. Fueron años inolvidables. Don José Díaz, por su bondad y entrega a la parroquia de Santiago y al pueblo, fue nombrado por el ayuntamiento hijo adoptivo de Gáldar. Recuerdo que un día fuimos a visitar al sacerdote jubilado y querido don José Molina que vivía en su casa de San Isidro con su hermana Lolita. Al salir, nos comentó Pepe: “ a mí no me gustaría pasar los años de jubilación como don José. Mi deseo es vivirla en comunidad con otros sacerdotes”. Y su deseo se está cumpliendo, gracias al empeño de varios compañeros en edificar la casa sacerdotal de Vegueta.

Saludé también a don Vicente, pero no me reconoció. Sentí mucha pena. Yo fui párroco de Arbejales y de El Palmar. Colaboraba con la parroquia de Nuestra Señora del Pino, confesando en la misa dominical de las once. Don Vicente, su coadjutor Jorge, Agustín Sánchez, cura de Valleseco, y yo comíamos juntos en el colegio de las Dominicas, que

nos acogían con cariño. Don Vicente fue uno de los más activos impulsores en llevar a la práctica en la diócesis las reformas del Concilio Vaticano segundo y del sínodo de 1992. Como párroco de Teror, se preocupó de que el culto a la Virgen del Pino fuese respetuoso y auténtico, alejado de supersticiones y de la vana religión. Aprovechaba cualquier ocasión, como la bendición de las llaves de un coche, de rosarios y de medallas, para evangelizar. Todas las semanas tenía un programa radiofónico para explicar la Palabra del domingo. Defensor infatigable de la vida humana, denunciaba con energía el aborto. Don Vicente, con más de noventa años de edad, ha perdido parte de su memoria, pero yo estoy seguro que en su interior, permanece viva y presente su fe en Padre Dios y su amor a María.

Salí de la Casa Sacerdotal reconfortado y convencido que en ella hay vida abundante en los sacerdotes jubilados que lo han dado todo por Jesús y su Iglesia en el pasado y siguen dándonos testimonio en su retiro, arropados por las Hermanas Religiosas y por la personas que los acompañan.